

ANIMAS

Alonso Neftali Velazquez Carpio

ANIMAS

A G E N C I A D E
S E G U R I D A D C I V I L

Capítulo 1

ENCADENADO

Capítulo 2

DOBLES

Corrieron sin voltear hacia atrás. El murmullo de los guardias detrás de ellos solo hacía que su acelerado corazón latiera con más intensidad, y que sus cansadas piernas tomaran fuerzas sobrehumanas para seguir corriendo. El hombre arrojó su casco a un lado, tomó en sus brazos a su hija y siguió adelante. Una flecha se clavó en un árbol a un metro de ellos. El hombre temía por su vida, hasta ese momento no había pensado en lo grave que fue su error, en lo estúpido que fue llenarse de valor y coraje para escapar junto a su familia.

Pero ya no aguantaba un minuto más sufriendo maltratos, él quería libertad y ser uno mismo sin temor a ser calmado con aquella terrible inyección. Estaba harto de aguantar todo eso en silencio, siendo siempre un buen guardia. Por eso decidió tomar a su hija y esposa esa noche; salir por la puerta trasera y escapar lo más lejos posible.

Sin embargo, cuando aquel otro guardia los vio y sonó el cuerno de alerta, el miedo lo invadió y obligó a su familia a correr. No quería ser capturado y castigado, no quería morir en aquel asqueroso lugar, ni que su hija o su esposa lo hiciera. Aceleró el paso un poco más, jaló a su esposa del brazo mientras con el otro sostenía a la pequeña. Las entrañas del bosque estaban cerca, sabía que nadie se atrevería a ir más allá de los límites establecidos.

Un nuevo cuerno resonó en el bosque y todo se detuvo. El hombre paró en seco con su mujer mientras la niña se aferraba a su cuello y escondía el rostro. Los guardias que los perseguían desaparecieron. Lo habían enviado. Volvieron a correr, pero antes de que pudiera hacer algo, su esposa gritó con terror mientras era jalada hacia atrás. El hombre casi cae con su hija. Volvió la mirada hacia su esposa y ahí estaba ese demonio tomándola por el cuello.

Detrás estaba a quien todos en esas tierras obedecían, observándole con una espeluznante sonrisa. En ese momento no supo qué hacer. Su esposa estaba bajo el agarre del Caballero Lunar, desde atrás lo observaba el Rey Blanco; y él solamente era «El soldado inservible». Se puso en pie, abrazó con fuerza a su hija, y lamentándose, se volvió hacia el bosque. Cruzó a toda prisa la zona prohibida y se perdió entre las sombras, donde ni la luz de la luna llena podían encontrarlo.

El Rey Blanco levantó una mano y a la orden cientos de flechas volaron

por encima suyo, en dirección al hombre y su pequeña.

Calma asegurada, rodeado de tantos libros que le faltaría tiempo en su vida para leerlos todos, después de una terrible noche era lo que necesitaba, paz. Cuando se sentía angustiado o los recuerdos no le dejaban dormir, se encerraba largas horas en la biblioteca. Estudiaba de todo, armas antiguas, modernas. Ropa, instrumentos musicales, lo que quisiera lo encontraba ahí, aunque en ninguno de ellos encontró la respuesta a una de sus más grandes dudas «¿Qué era realmente?»

Pero si algo de encantaba leer eran los mangas que solía comprar en los mercados cada que tenía la oportunidad. Le gustaba mucho leer historias con héroes valerosos, con chicos normales que sin darse cuenta se volvían guerreros listos para la acción donde se requiriera. «¿Tan malo era que él quisiera ser como ellos?» Aceptaba que la idea de nombrar sus ataques podía ser algo infantil y sin sentido, que como dijo Santiago «Los enemigos sabrían que les esperaba», pero ser como ellos era su sueño.

Al amanecer, una hora antes de que todos empezaran a despertar, salió de su cueva a la cocina. Esperaba poder agradar a los demás cocinándoles algo delicioso, cocinaba algo diferente a diario con un libro de recetas a un costado. Le gustaba estar ahí, podía distraerse e imaginaba cómo todos le agradecían por la comida.

Los chicos bajaron a la cocina, acomodándose alrededor de la barra que estaba en medio. Tenían un comedor enorme, con lugar suficiente y de sobra para todos, sin embargo, nunca lo utilizaban. Marla bajó saludando a todos, se acomodó a un lado de Mike y ofreció su ayuda. De entre todo el grupo era quien siempre estaba su lado. La comida se sirvió, huevos rancheros con frijoles puercos, receta muy pedida por Santiago; junto a un vaso de jugo o una taza de café dependiendo de la persona. Kevin y Santiago estaban discutiendo sobre un videojuego que habían encontrado en internet. Los demás los escuchaban con diversión ante las ocurrencias del moreno.

—Es hora de irnos —Meegwun asustó a todos entrando de golpe a la cocina, fumando uno de sus cigarrillos baratos. Su entrenador iba equipado hasta los dientes de armas—. El jefe los quiere ver en su oficina.

—¿Al fin nos dará una verdadera misión? —preguntó Zeth mostrando su falta de interés al día—. Estoy harto de ayudar ancianas. ¡¿Cuándo mostraré mi verdadero poder?!

—¿Se le puede llamar poder a lo que haces? —Se burló Kevin ocasionando

algunas risas y un poco de molestia en Zeth.

—Lo mismo pregunto de ti —Le respondió el no-muerto bajando las piernas de la barra.

—Para tu información, mi verdadero poder no es ser intangible —dijo Kevin con orgullo.

—¿Ah no? —preguntó Alonso confundido.

—Por supuesto que ese no es mi poder.

—¿Entonces cuál es? —quiso saber Marla.

—Ese es un secreto muy oscuro mi querida Marla —Kevin negó con el índice mientras volteaba la mirada creyendo haberles ganado a todos.

—Ser irritante tampoco es un poder, Kevin —dijo Marey levantándose de su asiento y colocando los platos en el fregadero. Todos rieron, menos Kevin—. Vamos, antes de que Meegwun nos haga pasar la noche con los gorilas.

Mike se quedó parado un segundo a media cocina, esperando escuchar un gracias de todos los demás, pero no pasó. Saltaron cómo ranas y corrieron como cucarachas ante la luz. Dejó su plato en el fregadero, enjuagó y corrió también a su habitación.

Cuando Mike bajó las escaleras Alonso ya estaba esperando, con su gabardina negra y camisa roja. Era el único conjunto que usaba, pues necesitaba algo con lo que cubrirse después de transformarse en híbrido. Miraba los dibujos que Marey había colgó en el corredor principal. Volteó a verlo con una sonrisa de alegría, contagiosa. Era un chico amable, siempre sonriéndole a la vida e importándole poco muchas cosas, Mike suponía que después de destruir todo lo que podía en cada misión que iba, claro que nunca intencionalmente, lo hicieron más despreocupado.

—¿Listo? —preguntó dejando ver su emoción por la misión.

—Supongo que si —Mike se dio un último vistazo. Iba vestido con un pantalón de mezclilla al cuerpo, una camisa a cuadros roja con negro y la chaqueta de la ASC. Algunos accesorios extra como sus correas para las espadas cuando las creaba, ocultas bajo la ropa. Poco después de la graduación los chicos les hicieron unas pequeñas modificaciones a los uniformes, los cuales consistían en usar únicamente la chaqueta de la ASC, o en el caso de Santiago bordarlo en sus shorts.

—Mike —llamó Marla desde las escaleras. La chica de cabello ondulado llevaba una falda negra por encima de las rodillas y una playera azul al

cuerpo, resaltaba su figura, y a pesar de no tener grandes atributos, se veía muy bien. Junto a ella una bolsa gris donde llevaba todo lo que podía ocuparse. Se acercó a él, parándose justo en frente, acomodó sus anteojos y le regaló una sonrisa.

—Hola Marla ¿Qué pasa? —respondió Mike tratando de sonar tranquilo.

—¿Estás listo para la noche? —Marla tenía tanta ilusión en su mirada, incluso en su forma de hablar lo demostraba. Estaba ansiosa y nerviosa, cosa de la que Alonso se dio cuenta de eso.

—¿Qué harán en la noche? —quiso saber Alonso con una cara traviesa.

—Habrá un festival en la ciudad, planeamos ir juntos a pasar el rato —No había duda, Marla estaba entusiasmada porque la noche llegará.

—Si ¿Quieres ir? —La pregunta hizo que el semblante de Marla cambiara. Ella deseaba ir SOLA con Mike, no por despreciar a Alonso ni nada de eso, pero si tenía algo planeado, algo que llevaba meses preparando.

—¿Alguien dijo sexo, drogas y alcohol? —Zeth saltó las escaleras y corrió hasta ellos—. Yo me apunto.

—¡YO QUIERO IR! Seguramente habrá muchas chicas buenas en pocas ropas —Kevin no esperó tampoco y llevando su cámara en la mano se acomodó en medio de todos—, será el lugar perfecto para tomar la foto perfecta y al fin mostrarle a Andrea algo bueno, así me dejará fotografiarla a ella. ¿A qué hora tengo que estar?

—Es a las ocho de la noche —anunció Mike contento de ver como sus compañeros se iban uniendo.

—Veo que ya están todos listos —dijo Meg mientras apagaba su tercer cigarro en la entrada de la casa—. Entonces vamos.

Marla iba cabizbaja, tanto tiempo planeando ese momento para ser destrozado en segundos por los chicos. Se encaminó afuera, apretando la correa de su bolso con fuerza, cuando sintió cómo alguien la sujetaba por la cabeza y la acariciaba.

—Mientras más seamos mejor —Le dijo Alonso tratando de animarla—. Y no te preocupes, tendrás tu momento a solas con él, todo saldrá bien te lo garantizo.

—Gracias —volvió a agachar la cabeza, esta vez apenada. La reconfortó un poco saber que la apoyaban.

—Apuesto que habrá mucha comida. Santi ¿vamos? —gritó el moreno alejándose de su amiga.

—¿Qué pasó? La pregunta me ofende —Alonso alcanzó a Santiago en la puerta de la casa. Kevin se les unió de un salto.

—¿Y Marey? —preguntó Alonso mientras la buscaba a su alrededor.

—Seguramente se quedó dormida, otra vez —habló Zeth mirando su reloj de pulsera.

—No tenemos tiempo para esas cosas —dijo Meegwun irritado. Llevaba mucho tiempo esperándolos y debía estar en la agencia, él también tenía cosas que hacer.

—Y-yo me quedo —dijo Mike—, así cuando despierte no se va sola. Digo... —Se sintió un poco abrumado con todos mirándole. Aun no se acostumbraba a hablar por iniciativa propia, imaginaba un regaño y golpe acertándole en toda la cara—. Es que se... pierde fácilmente...

—Está bien, despiértala, haré que vengan por ustedes cuanto antes.

Mike asintió y regresó a la mansión mientras todos eran llevados a la agencia. Subió las escaleras para despertar a la chica, pero al estar frente a su puerta se sintió angustiado. La puerta quemada, por los múltiples incendios que Marey había causado, lo detuvo, no quería que se enojara con él por despertarla. Miró por largo tiempo hasta que decidió irse.

Continuando por los pasillos, escuchó la risa de Nicole. La pequeña jugaba en su habitación con la puerta abierta. En su cuarto tenía una mesita donde jugaba con sus muñecos. Esta, al ver a Mike, corrió hacia él y lo tomó de la mano, tiró de él hasta que estuvieron los dos en el cuarto. La pequeña le ordenó sentarse, instintivamente el chico obedeció. Estar ahí era relajante. La pequeña casi siempre estaba sola, pues ellos tenían que salir a trabajar, pero Alonso jugaba con ella cuando volvían o tenían días libres, se transformaba en lobo e iban de paseo al bosque. A Mike muy pocas veces le tocó estar a su lado.

—¿Quieres té? —preguntó ella con simpatía, Mike levantó la taza de plástico que estaba frente a él. Nunca había jugado de esa manera, en su vieja vida era usado para cumplirles los caprichos a sus hermanas. Nicole agarró una tetera de juguete y simuló que servía en la tacita—. ¿Por qué estás tan triste?

—No lo sé —respondió Mike con sinceridad mirando el vacío en su taza. En ocasiones él se sentía de esa manera, tanto así que ese pedazo de plástico

se le imaginaba más lleno que él.

—Ya sé —Nicole corrió para dejar su tetera y levantó a Mike del suelo—. Te enseñaré algo en lo que he estado practicando.

La pequeña apagó las luces y cerró las cortinas, paró a Mike a unos metros de ella. Preparó su mente, extendió sus manos, con las palmas juntas. La estática en el ambiente empezó a elevarse. Y un brillo verde azulado emanó de las manos de Nicole. La niña seguía concentrada, una esfera de electricidad flotó en sus manos, era como ver una tormenta eléctrica dentro de una burbuja. Irreal, o quizás no. Era una locura. Los rayos comenzaron a volar por todas partes, golpeando en paredes, muebles y donde se pudiera. Mike saltó del susto al comienzo, pero al ir prestando atención, escuchó música.

—Que genial —expresó el chico con alegría. Era impresionante poder hacer algo así.

La alegría de Nicole lanzó más rayos, cada vez más grandes y poderosos. Uno casi golpeaba a Mike. Volviendo peligroso estar cerca, pero ella no lo entendía. Era un juego, Mike giró su cabeza al techo y pudo observar cómo se desprendía encima de Nicole. Por puro instinto saltó a donde ella. Los pedazos de concreto, varillas, cables y demás cayeron encima de los dos. Un golpe aplastante que dejó sin aliento a Mike.

—¿Estas... bien? —preguntó Mike tratando de recuperar el aliento, la niña le miraba asustada. Las lágrimas estaban al borde de sus ojos. Mike, a como pudo levantó los escombros de sus espaldas. El cuerpo le dolía—. Tienes que controlarlo —dijo con un tono irritado. Nicole no pudo seguir aguantando y soltó el llanto. Mike no sabía qué hacer, fue una tontería lo que dijo. Tenía que pensar en algo rápido—. Nicole, oye ¿Qué te gusta? —La pequeña substituyó el llanto por un sollozo— ¿Qué es lo que más te gusta en el mundo?

—Las... Las... Flores del Cielo —dijo entre sollozos.

Flores del cielo, Mike leyó algo sobre eso. Desde el inicio de los tiempos, llovían flores blancas del cielo en muy raras ocasiones. Una flor tan hermosa y única en su especie, pues no eran capaces de encontrarse por ningún lado, un suceso extraño y hermoso. Contaba la leyenda que estas caían cuando un alma pura ascendía a los cielos, cuando moría bajo la mano de un demonio. De todas las cosas en el mundo «¿En serio debía ser algo tan complicado?»

—Bien, bien —pensó rápido, todo su alrededor era un caos, escombros y cables por todas partes—. Cierra tus ojos —pidió. La pequeña lo hizo. Mike concentró su mente y energías en la habitación. Un gran círculo celeste lo rodeó todo. Imaginó la forma, textura y olor que dicha planta debía tener.

No era consciente de que fuera verdadero, pero lo intentó—. Abre tus ojos, Nicole.

El aroma primaveral invadió la nariz de la pequeña. Podía oler las flores del cielo, algo muchas veces mejor que el de las rosas. Al abrir los ojos un manto blanco ocupaba el lugar que antes tenían los pedazos de concreto. Nicole acercó su mano a las flores para asegurarse de que fueran reales. Lo eran. Una sensación fina, delicada, tanto que parecían quebrarse al respirar frente a ellas.

—¿Te gusta? —preguntó Mike ya más relajado

—¡Me encantan!

La pequeña gritó alegre, corrió de un lado a otro, acariciando cada flor, levantándolas en el aire y jugando con ellas. Mike salió agotado del cuarto, su sudadera estaba hecha un desastre. Se la quitó con dificultad, le dolía todo el cuerpo. Bajó a la cocina, arrastrando su cuerpo por la pared. Necesitaba aire, no lograba respirar y la cabeza estaba por explotarle, salió rendido al patio trasero.

El lugar estaba vacío. Se dejó caer a un lado de la puerta y cerró sus ojos. Un escalofrío recorrió su cuerpo, la espalda ardía cómo si llevara una fogata encima. Las risas de burla lo seguían. Los recuerdos no lo dejaban en paz, quería correr, quería gritar y llorar. Su padre volvía a la mente cuando cerraba los ojos. Levantó su cuerpo del suelo, debía ir a descansar, pero antes de poder abrir la puerta Marey dio un salto con un par de giros mientras en su mano elevaba una fuerte llama.

—¿Marey? —La chica volteó asustada.

—Mike, me asustaste —dijo con una sonrisa apenada.

—L-lo siento, es solo que... no me sentía muy bien —mintió sin saber realmente porque le daba vergüenza decir lo que pasó—. Y... vine aquí atrás a entrenar un poco.

—Es por eso por lo que no te sientes bien —Mike siempre salía a entrenar, pasaba horas desgastando su cuerpo y mente—. En fin, deberías descansar más, la terminarás preocupando.

—Sí, lo sé... Espera ¿qué? ¿Preocupar a quién? —«¿A qué se refería? ¿Andrea?» No había nadie a quien le importara tanto.

—Vamos, llegaremos tarde —anunció Marey entusiasmada, llevaba mucho tiempo esperando que ese día llegara.

—¿Para qué?

—Para ser agentes de verdad —Marey llevaba esperando tanto como sus amigos por aquel día, una misión de verdad.

Capítulo 3

I

—Jefa —gritó la pelirroja con un par de carpetas en la mano viendo cómo Andrea iba de un lado a otro.

—Los chicos ya vienen, deben estar por llegar y las cosas aún no están listas —decía Andrea para ella misma. Se detuvo en seco y volteó a ver su cubículo, estaba echo un desastre. Se lanzó sobre él, acomodando sus papeles y sacando basura del escritorio, cosa que nunca había hecho. Detuvo todo lo que hacía de golpe—. Los extintores, no deben de faltar, Marey vendrá y si no le gusta lo que el jefe diga explotará. La comida, ¿Aun no llega la comida? —Aya, cansada de no ser escuchada se acercó y abofeteó a su compañera. Andrea pudo respirar y calmar su cuerpo. Llevaba meses sin ver a sus niños. Los mantenían tan ocupados en las misiones que no tenían tiempo de ir a verla—. Gracias —dijo ya calmada—. Estoy tan entusiasmada de poder verlos.

—Yo igual —aceptó Aya. Ella también resintió los meses sin verlos, sus experimentos se empolvaban en el laboratorio; además le hacía ilusión ver a Santiago otra vez—. Créeme, no es fácil no poder verlos. Meegwun no da mucha información y los trabajos que les asignan son para preocuparse. Pero te aseguro que estarán bien, son chicos muy fuertes. Seguramente cuando los veas, serán diferentes, más maduros.

—Eso espero —Andrea dejó caer su cuerpo en su vieja silla. Los extrañaba tanto—. Ayúdame deben estar por...

Los murmullos del ascensor interrumpieron a todos en el piso, dentro se armaba un alboroto. Los chicos llegaron. Las puertas del ascensor se deslizaron, Santiago llevaba la cabeza de Zeth en sus manos con una gran sonrisa mientras tarareaba una canción. Kevin, sentado en los hombros de Alonso usándolo como arma, agarraba sus orejas mientras simulaba que disparaba. Marla iba hasta atrás, según el lugar que ella misma estableció.

—Quizá no hayan madurado nada y sigan siendo los mismos —corrigió Aya lo dicho segundos antes, al verlos entrar.

—¡Aaah! Santiago —suspiró Zeth de manera tranquila, ocultando su verdadera furia—. Ojalá que te de cáncer en el escroto. ¡Ojalá que te lo

tengan que arrancar!

—Ya, ya —Santiago le acarició la cabeza para relajarlo, pero eso solo enfureció más a Zeth—. Cálmate maistro, tienes que disfrutar la vida.

—Claro —volvió a decir con falsa tranquilidad justo antes de sacar su enojo—. ¡¿Y para poder disfrutarla mejor tenías que cortarme la cabeza?!

—Eso es, ya me estas entendiendo —Antes de subir al ascensor, Santiago, hizo un «Experimento social» donde era necesario decapitar a Zeth con las puertas del elevador.

Meegwun pasó de todos ellos, apenado de su conducta. Se paró delante de Andrea para mirarla un segundos y negar con la cabeza. Ella se rio de alegría, esos eran sus niños. No cabía duda. Aunque faltaban un par, aseguraba que se quedaron dormidos y sabía que Meegwun tenía muy poca paciencia.

—¡Andrea! —Kevin saltó de los hombros de Alonso y corrió a abrazar a Andrea, la agarró de la cintura y con el rostro en sus pechos se frotó—. Te extrañé tanto, meses sin verte.

—Kevin —dijo Marla avergonzada—. No hagas eso

—Está bien —respondió Andrea. Tocó los chinos de Kevin y este se quedó en paz—. Yo también los extrañé mucho. De veras.

—Hola Santi —Aya estaba apenada, era mucho el tiempo que no la veía.

—Hola Aya —Santiago soltó la cabeza de Zeth, causándole un mayor descontento. El robusto chico se acercó a la doctora, notándose nervioso. Se llevó una mano al brazo y lo sobó con pena—. En la noche iremos a un festival ¿Quieres acompañarnos?

—Yo... —Aya volteó a ver a Andrea. Se quedó en blanco, le costaba pensar con claridad cuando Santiago se acercaba—, No lo sé... Tengo muchos pendientes en el laboratorio y...

—Te puedo ayudar con ellos —Santiago se ofreció, aun sabiendo que no sería más que un estorbo.

—¿Estás seguro? —preguntó ella buscando la ayuda de alguien, pero al ver detrás de Santiago solo obtuvo miradas juguetonas.

—Por supuesto —respondió Santiago mostrándose más seguro de lo que su cuerpo demostraba—. Si terminamos temprano, podemos ir con los

demás.

—Me gustaría —Aya agachó la cabeza apenada. Su rostro se enrojeció por la vergüenza, cosa que no pasó desapercibida para nadie, a excepción de Santiago.

—Hola, Andrea —Marla saludó a Andrea, hacía mucho que deseaba tener esa sensación de calma que solo sentían al estar a un lado de ella—. ¿O debería decir jefa?

—Marla, me alegra verte otra vez —Se abrazaron con fuerza, demostrándose lo mucho que se extrañaban—. Veo que ya te relacionas un poco mejor con los chicos.

—Si —respondió con una sonrisa nerviosa—. Pero aún me falta bastante para poder congeniar con todos.

—¿Qué te parece si me cuentas y yo te ayudo un poco? Oigan, pónganse cómodos. Aún tenemos que esperar a Marey y Mike.

Aceptaron encantados. Buscaron sillas para poder sentarse alrededor del cubículo de Andrea. Tenían mucho de que platicar, tantas misiones a las cuales fueron enviados y tantas cosas nuevas que aprendieron. Sus gritos y risas incomodaron a los demás trabajadores. Solían levantar la mirada o salir de ahí al no aguantarlos. El tiempo se pasó volando. Momentos que durarían en sus memorias y que recordarían en cada oportunidad que tuvieran.

El ascensor se abrió de nuevo al cabo de un rato, Marey y Mike salieron de este en silencio, junto a ellos estaba Nicole, con una de sus flores en la mano. Marey se alegró y brincó a los brazos de Andrea. La abrazó con mucha ternura. Aún era alucinante poder tocar a alguien, sentir un calor ajeno al suyo. La líder la saludó para pasar con Mike, el chico apenas figuró una sonrisa nerviosa.

—¿Cómo estas Mike? —preguntó Andrea al tiempo que lo abrazaba con ternura, como una madre abraza a su hijo recién nacido.

—Bien, supongo —respondió tratando de disfrutar de ella.

—Me alegra poder verlos a todos de nuevo —Las lágrimas brotaron de sus ojos al ver a su grupo unido—. ¡Me siento tan sola sin ustedes!

—¿No valoras mi compañía? —expresó Aya fingiendo enfado, lo que causó algunas risas entre ellos.

—Sí, Aya, pero... ellos son mis niños y dije que los cuidaría siempre, pero no podía acercarme a ninguno —Nicole corrió a abrazar a Andrea, acción

que la mayor correspondió.

—¿También me extrañaste a mí? —preguntó la pequeña, solía quedarse sola ya que los demás hermanitos siempre estaban en ese edificio y rara vez la llevaban con ellos.

—En especial a ti pequeña —Andrea soltó a Nicole quien regresó a su lugar al lado de Alonso—. Es hora, tenemos que ir con el jefe. Ya ha esperado demasiado, y eso no le gusta.

Subieron al ascensor, apretados cómo lata de sardinas. Andrea presionó el botón hacia el último piso, pero no avanzaron, una alarma sonó notificando un exceso de peso. Todos voltearon a ver a Santiago, el chico les regresó la mirada con un «¿Qué?» de por medio.

Alonso, Mike y Zeth terminaron de subir las escaleras, los dos primeros agotados. Zeth por su parte estaba furioso, aun no le entregaban su cuerpo y empezaba a sentir cosas raras en él. Abrieron la puerta para tomar el elevador a la oficina de Gabriel. Andrea entretenía a Nicole en la recepción de la oficina, mientras los demás mantenían la postura frente al escritorio del jefe.

Corrieron a pararse a un lado de los otros. Cómo era costumbre, el hombre, de traje negro y su cabello sujeto en cola de caballo, no apartó la mirada de los documentos. Los dejó a un lado tras un rato, y levantó la mirada. Los miró a todos, penetrando hasta lo más profundo de su alma con esos ojos verdes sin brillo.

—Hace un par de semanas fue la fecha límite para la selección de su especialidad en la agencia —hizo una pausa, recargó su cuerpo en el respaldo—, solo un par de ustedes entregó su solicitud. ¿Qué pasa con los demás?

—¿Es totalmente obligatorio? —preguntó Santiago mirando a Gabriel con vergüenza.

—En su caso si —Gabriel suspiró con cansancio, para después inclinar su cuerpo y recargarse en el escritorio—. Necesitamos saber a qué rama quieren pertenecer para poder enfocar nuestras fuerzas en eso. ¿Qué parte de que necesitamos toda su ayuda no han entendido? —los chicos agacharon la mirada—. Espero su solicitud al final de la semana, o yo mismo los asignaré. Prepárense, hay una misión muy importante que necesito que atiendan. —anunció el hombre. De entre sus papeles sacó una carpeta y la puso al frente—. Pagaron una suma importante por esta misión. Necesito que se concentren, que no causen destrozos como en otras ocasiones. Que sigan las órdenes —Eso ultimo lo remarcó—. Tienen

que actuar como un verdadero equipo. ¿Entendieron?

—Si señor —dijeron todos al mismo tiempo.

—Y colóquense sus uniformes —finalizó el hombre.

Andrea tomó los papeles de la mesa y salió junto a sus chicos de la oficina. Los veía de reojo, se notaba el descontento en la mirada de algunos de ellos.

—Me alegra saber que no extrañaba verlo a él —habló Zeth.

—No eres el único —Santiago lo apoyó—. Sigue siendo el mismo viejo amargado de siempre.

—Si hubieran entregado su solicitud a tiempo no nos hubiera llamado —interrumpió Marey, notándose su molestia con sus compañeros. Andrea habría recibido algunas quejas ya de lo poco que les importaba a los demás las misiones o el trabajo.

—Discúlpame, pero yo si entregue mi solicitud a tiempo —Zeth se defendió de Marey.

—La verdad es que yo no sé qué quiero hacer —Santiago alzó la mirada, lo confundía el asunto de la selección de una rama. «¿En cuál debía apoyar? ¿En cuál podría comer más?»—. ¿Cuál creen ustedes que sea el menos ajetreado?

—Yo creo que deberías tomar el experimental —Kevin se acercó a Santiago, golpeándole el brazo con el codo mientras alzaba una ceja—. Así podrías estar más cerca de Aya.

—¿Q-que? —Santiago se puso nervioso, comenzó a sentirse abrumado y buscó a Aya con la mirada, ella no tenía que escuchar eso, para su fortuna no estaba con ellos—. Creo que vere otras opciones, soy lo que en mi pueblo se conoce como bruto.

—¿Cómo los diamante? —preguntó Marla, nunca había escuchado esa palabra empleada de ese modo.

—Entonces solo te falta una pulida —insistió Zeth con una risa de maldad.

—Aya podría dártela, Gordis —Kevin le susurró al oído, haciendo que al robusto chico se le erizara la piel.

—¿Quieres dejar de hacer eso? —pidió Santiago con los colores en el rostro. Se pegó a la pared del elevador y vio a Kevin—. Es incomodo

cuando lo haces estando a solas y lo es aún más ahora.

—¿L-lo hacen a solas? —Marla abrió los ojos como platos con cierta fascinación.

—Si, muchas veces —Kevin sonrió satisfactoriamente—. Me gusta molestarlo.

—A ti te gusta molestar a todo el mundo —dijo Alonso con una sonrisa de diversión—. Imagino que te unirás a la Rama administrativa para ver a toda mujer que puedas.

—No, eso se lo dejaré a los perdedores como Mike o a Marla, sin ofender amiga.

—Si me ofende —respondió la otra. Ella si había pensado en unirse a la rama administrativa, lejos de los peligros que el campo de batalla representaba, en los últimos tres meses estuvo a punto de morir en más de una ocasión.

—Lo siento, pero es que no tiene sentido que nosotros, con nuestros poderes, nos unamos a esas ramas —respondió Kevin encogiéndose de hombros.

—¿Entonces a que rama planeas pertenecer? —preguntó Zeth, enfadado de que el moreno le diera tantas vueltas al asunto.

—No lo sé —Kevin mantuvo una amplia sonrisa en su rostro—. Aun no me decido, quizás me una a la de Control con Alonso para ser el dúo dinámico capturando monstruos.

—Yo no sé si me uniré a esa rama o no —confesó el chico, cerró los ojos y recargó su cuerpo en el cristal—. Es mucho trabajo, creo que elegiré la militar.

—Si saben que es una decisión importante ¿no? —Marey confrontó a sus compañeros, no le gustaba su actitud tan desinteresada—. Sean conscientes de sus habilidades y donde resultarían ser mejores, se necesita de nuestra ayuda y...

—Pero si tú te uniste a la rama experimental —La interrumpió Kevin—. Tu bien podrías estar en el campo quemando a todos los malos, pero te vas a encerrar en un laboratorio.

—Bueno chicos, ¿Qué les parece si nos centramos en la misión? —Andrea se metió en el conflicto antes de que la discusión pasara a otro nivel.

—Nel, yo me voy, los veo en el laboratorio —Kevin atravesó la pared del elevador.

—Kevin, espera. —Marey trató de detenerlo, pero el moreno desapareció—. ¿Qué demonios le pasa?

—Ya se le pasará, Marey —Andrea puso una mano sobre el hombro de la morena, reconfortándola. No le gustaba ver a sus niños discutir. La mayor parte del tiempo sabía que se llevaban bien, que podían bromear y jugar juntos, pero en ciertas ocasiones las discusiones se volvían tan acaloradas que solían hacer explotar a alguien.

Las puertas del elevador se abrieron en el piso principal del laboratorio. Aya esperaba paciente. Vestía su bata blanca, llevaba el ondulado cabello sujeto y portaba unos anteojos. Pulsaba la pantalla de su tableta a gran velocidad. Se percató de la llegada de los chicos y dejó el artefacto en el bolsillo de la bata.

—¿Cómo les fue? —preguntó la científica, pero no necesito respuesta, sus expresiones lo decían todo—, supongo que pudo ser peor. Vamos dentro, hay algo que les quiero mostrar.

—Andrea —Zeth se adelantó a todos—. ¿Qué clase de misión nos asignaron?

—Es una misión de escolta —Andrea le extendió el archivo. Zeth lo leyó unos momentos y muy furioso terminó destrozándolos con los dientes.

—¿Otra vez? —bufó Zeth, llevaban semanas haciendo ese tipo de misiones, en las que la gran mayoría resultaban sin nada de acción—. ¡Yo quiero acción! Paso de acompañarlos esta vez.

—¿Yo puedo ir? —preguntó la pequeña Nicole a Alonso, quien le dirigió una mirada dubitativa.

—No lo creo, pequeña —respondió el moreno—. Es muy peligroso ¿Qué te parece si te quedas con Aya en su laboratorio?

—Yo veo más peligroso ser el conejillo de indias de Aya —dijo Andrea para hacer enojar a la pelirroja.

—Oye, no es tan malo ser mi asistente —Aya se cruzó de brazos molesta—, pregúntenle a Adrián.

—Algún día seré una agente e iré a todas las misiones que quiera —Nicole también se cruzó de brazos y apartó la mirada del moreno—. Cuando crezca seré mejor agente que ustedes. Seré la mejor agente que jamás

haya existido.

Rieron todos juntos al ver las expresiones de ambas. En Nicole era tierno verla enojarse, pero en Aya era divertido, pues actuaba como una niña. Atravesaron las puertas metálicas que daban entrada al laboratorio. Ese lugar nunca dejaba de sorprenderlos. Hombres y mujeres trabajando en cada rincón, probando artefactos fabricados por ellos mismos. Sentado en un sillón cercano a la entrada estaba Adrián, platicando con el cuerpo de Zeth, y Kevin a un lado.

—Como les decía, la de allá, es la doctora... —Adrián se levantó nervioso de su asiento y se acercó a Aya—. Jefa, tenemos avances sobre el experimento del mazapanizador.

—Adrián ¿Cuántas veces te he dicho que no puedes colocar un fabricante de mazapanes en los experimentos?

—Pero solo piénselo —Adrián insistió a Aya que lo escuchara, se veía muy emocionado—. Si logramos que este experimento funcione podría mejorar la eficiencia de los agentes.

—Ya hablamos de esto, Adrián. Los mazapanes no son la solución —Todos los proyectos siempre pasaban por esa etapa, después de la planeación y los prototipos; venía Adrián a querer meter su fabricante de mazapanes—. Hazme un favor y revisa los planos para el proyecto Salamandra.

—Está bien jefa —Adrián decidió no pelear con ella, ya llegaría su momento de gloria y haría su sueño realidad. Pasó a un lado de los chicos y sin querer un pensamiento se le pasó por la cabeza. «Tetas»—. ¡Kevin!

—¡Adrián! —gritó el otro asustado por el repentino llamado del asistente.

—¡La doctora Valentina jamás haría eso! —gritó a todo pulmón.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?!

—¡Porque ella es una mujer dulce y tímida que jamás sucumbiría a los deseos de la carne! —dramatizó el chico sus palabras—. Excepto aquella ocasión que en mi sueño huyo de su hogar, donde era maltratada y menospreciada, y corría a mis brazos donde nos veíamos atrapados por los encantos de cupido, consumando nuestro amor sobre el jardín de una nube.

—Oh demonios —Kevin se enjugó las lágrimas con su brazo. Se acercó a Adrián y lo abrazó—. Discúlpame por lo que he pensado.

—No te preocupes, los amigos sabemos perdonar —respondió el chico con

una enorme sonrisa.

—Creo que ya fue suficiente —Santiago apareció a un lado de ellos y los separó con ambas manos—. Detengámonos aquí antes de que se vuelva más extraño.

—Esto es genial —dijo Aya con la mirada de un fanático de novela esperando un gran desenlace.

—Si, ahora es un conflicto por el amor de Kevin —siguió diciendo Marla con la misma mirada.

—Me están comenzando a asustar —soltó Alonso al verlas perdidas en los otros tres chicos.

—Discúlpenla, a Aya le gusta un poco emparejar personas —Andrea respondió con vergüenza. Era un mal hábito que a lo largo de los años había ignorado—. Lo malo es que solo a parejas masculinas.

—No es tan raro —habló Marey llamando la atención de todos—. ¿Qué? A veces lo hago también.

—Aya —Andrea llamó a la pelirroja—. ¿Nos muestras lo que tenías preparado para los chicos? Nuestro vuelo sale en una hora.

—Lo siento, me distraje un poco —Aya recobró la compostura y les regaló una sonrisa a los chicos—. Síganme.

Los guio por todo el laboratorio hasta una de las plataformas de elevación que los subió algunos pisos. Por fin se detuvieron y volvieron a avanzar hasta la entrada de un pequeño cuarto. La chica tomó un control remoto de su bata blanca y accionó el único botón que este tenía. La pared dio vuelta, mostrando una serie de artículos, unas pulseras, un traje de cuerpo completo y una vara metálica. Aya quedó en espera de algún comentario. Los segundos pasaron y solo dudas surgían por la cabeza de los chicos.

—¿Qué... es todo esto? —preguntó Mike tratando de romper el silencio.

—Estaba esperando que preguntaran eso —Aya se veía emocionada. Se acercó a la pared y desprendió los artículos y se los entregó a Alonso, Marey y Zeth respectivamente—. Durante este tiempo que no nos hemos visto nos dimos a la tarea de hacer algunos juguetes para ustedes, pensamos que les serían de gran ayuda y que potenciarían sus habilidades. Primero, Alonso. Pensamos en las distintas maneras de apoyarte tanto en tu forma humana como de lobo e incluso la híbrida.

Póntelos.

Alonso dudó unos segundos, había usado los experimentos de Aya antes, algunos llegaron a incendiarse o explotar en medio de las pruebas. Se puso las pulseras con algo de temor, eran muy gruesas para su gusto, de color plateado con una pequeña luz rojo parpadeando, parecían grilletes. Sintió un piquete en sus muñecas al cerrar los accesorios.

—Estas pulseras se conectan a tu sistema nervioso, volviéndose una extensión de tu cuerpo en cierta medida. Con ellas podrás pelear mejor en todas tus fases.

—¿Cómo funcionan? —preguntó el moreno dando vuelta a sus manos.

—Funcionan mediante ordenes cerebrales, cuando tu pienses en usar tus garras, las pulseras se activarán —Alonso observó sus manos y pensó en transformarlas, al instante las pulseras se activaron, liberando un recubrimiento metálico en las manos de Alonso que figuraban un par de garras—. Lo hicimos lo más sencillo posible para que aprendieras a usarlo cuanto antes. Están hechas de Wolframio, tal vez no el mejor material del mundo, pero es un divertido juego de palabras con lo que puedes tu hacer. ¿Qué te parecen? —La mirada de Aya resplandecía de la emoción que sus inventos le causaban.

—Me parecen geniales —Alonso trató de guardar sus garras, pero no pudo, se quedaron estáticas.

—¡Que bien! —gritó la chica—. Con el tiempo podrás manejarlas mejor. Ahora es el turno de Marey.

—¿No me harás probarme esto aquí, cierto? —preguntó Marey observando con atención el atuendo que le dieron. Parecía un traje de buceo. Era un color azul marino con franjas grises en las uniones de la tela.

—No, este me gustaría que lo usaras de ahora en adelante —Aya empezó a explicarle—. Este traje está hecho con la finalidad de que, al usar tus poderes a máxima potencia, no quedes totalmente desnuda. El traje está diseñado para aguantar altas temperaturas y explosiones de media intensidad. Por lo que es perfecto para ti. Y lo mejor es que las personas podrán tocarte sin riesgo a quemarse.

—¿De verdad? —Marey estaba asombrada, nunca pensó en que eso se podría volver una realidad.

—Si, podrás actuar como una persona relativamente normal —Marey se quedó en silencio, imaginándose de esa forma, sin hacer daño a más personas, al menos era un pequeño progreso—. Ahora, Zeth. Tenemos

algo divertido para ti.

—Ya habías tardado en llegar a mí —dijo el no-muerto levantando la vara que le habían entregado.

—Lo que tenemos para ti es un arma de apoyo para cuando estés luchando y arrancarte brazos no sea una opción.

—Ósea siempre —rio Kevin.

—Si presionas el costado de esta vara se extenderá y tendrás la mejor arma para el que tiene contacto con los muertos —Zeth hizo tal como Aya dijo y se desplegó una guadaña que igualaba la altura del chico. Zeth no dudó en acariciarla con sus dedos, era perfecta, a juego con sus habilidades.

—Es bellissimo —dijo al borde de las lágrimas.

—Me alegra que te guste tanto. Es un arma resistente y letal, lista para salvarte en cualquier ocasión. Además, te hicimos una piedra para que la afiles, al estilo medieval.

—Huajajajaa es hora de mi reinado del mal —gritó Zeth alzando la guadaña. Comenzó a reír como loco, pero acto seguido se calmó y con una dulce voz le agradeció a la pelirroja.

—Bueno, es todo lo que tenemos preparado por el momento —Las palabras de Aya decepcionaron a los demás. Ellos también querían probar artefactos nuevos—. Les queremos dar las gracias por su tiempo y su amabilidad al dejarnos experimentar con ustedes. Hemos obtenido un gran avance en conocer a los Dobles. Antes de ustedes pensábamos que sus poderes estaban en su ADN, pero nos hemos dado cuenta de que no es como en otros casos. Sus poderes vienen de alguna fuente externa.

—Para tu carro ahí —Santiago levantó sus manos en señal de alto—. ¿A qué te refieres con «Otros casos»?

—Verán —Aya se emocionaba cada que alguien le hacia una pregunta sobre su trabajo. Y aunque ahora ella estaba enfocada en los Dobles sabia más que eso—. Ustedes los Dobles son parte de la generación más reciente de personas con habilidades registrada, llevamos poco tiempo estudiándolos, pero hemos obtenido información de otros casos en los que personas obtienen habilidades similares a las suyas por causas externas, mutaciones, artefactos e incluso entidades cósmicas. No tenemos manera de demostrarles ya que estos fenómenos no se han llegado a dar simultáneamente, lo que vuelve imposible encontrar a dos personas con

poderes de fuego, de tierra y demás.

—Eso no lo sabía —admitió Andrea igual de sorprendida que sus niños. El comunicador de Andrea comenzó a vibrar en su bolsillo. Miró su reloj y se dio cuenta de la hora—. Lo siento, Aya. Otro día tendrás que explicarnos más. Nos vemos después. Chicos, vamos es tarde.

Alonso dejó a Nicole a cargo de Aya a pesar de sus insistentes descargas para que lo llevaran. La pequeña se molestó mucho, aunque Aya trataba de contentarla hablándole de todas las cosas que podrían hacer y con las cuales divertirse.

Bajaron al estacionamiento subterráneo, entre la recepción y las celdas de interrogación. Un vehículo los estaba esperando, listos para partir hacia su objetivo. El nuevo chofer les abrió la puerta y arrancó. Después de un año, Lawrence aun no era localizado en ninguna parte del mundo. No obtuvieron información de alguna cuenta bancaria, sobre movimientos captados por cámaras, nada. Como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra, pero eso no significaba que la búsqueda fue abandonada. De entre todas las personas en la ASC, Meegwun seguía impaciente por encontrarlo.

El maestro de los chicos de Andrea nunca perdonó la traición de quien, alguna vez, fue su mejor amigo. Deseaba encontrarlo y obligarlo a afrontar las consecuencias de sus actos. Lo traería de vuelta a la ASC y lo enjuiciarían por conspiración. No sin antes haberle pateado el trasero.

Se dirigieron al aeropuerto donde recogerían la muestra de una sustancia peligrosa, encontrada dentro de una roca vulcanizada que impactó en un pequeño pueblo solo unas semanas atrás. Los científicos de todo el mundo lo analizaban en todas partes para obtener la mayor información posible. Parecía no ser radioactivo, pero si muy peligroso para quien, estuviera en contacto con él. Así como pasó con la persona que la encontró. Debido a eso, y su color rojizo, los científicos la nombraron La Sangre de Dios.

Llegaron al hangar, listos para su viaje. El cliente consiguió un avión especial donde se transportaría La Sangre de Dios. Nada más pasar las cortinas metálicas del hangar recibieron la mirada amenazante de algunos soldados, haciéndolos detenerse en la entrada. Marla se encogió en su lugar sintiéndose intimidada. Observó cómo algunos que estaban en los pasillos metálicos suspendidos apuntaron sus armas a ellos.

—¿Por qué nos miran así? —preguntó mientras, disimuladamente, creaba un campo de fuerza alrededor del equipo.

—Somos Dobles ¿Qué esperabas? —respondió Zeth. El chico se veía alerta, al igual que sus demás compañeros, eso reconfortaba un poco a

Marla, pues sabía que ellos la podrían defender.

—Agente Astorga, hemos escuchado mucho de usted —Un hombre de gran tamaño se les acercó. Vestía un atuendo militar, con un gran número de medallas colgando de su pecho, extendió su brazo para saludarles—. Soy el Mayor Diaz, estaré acompañándolos durante esta misión.

—Un placer, puede decirme Andrea —La chica estrechó la mano del mayor. Lo estudio con la mirada, pues al leer los archivos de la misión no hablaba de su presencia—. No nos notificaron de su compañía para esta misión, Mayor.

—Fue una orden de último momento que también nos tomó por sorpresa. Sin embargo, mis mejores hombres y yo estamos listos para la misión.

—¿Quién tomó la decisión? Si es posible saberlo —Andrea evaluó la situación, no le gustaba nada estar rodeada por aquellos hombres que no dejaban de amenazar a sus niños con sus armas.

—El Alto Mando —Andrea suspiró al escuchar esa noticia. Diaz sacó de uno de sus bolsillos una carta y se la entregó a Andrea. Esta estaba sellada con la imagen del Olimpo. La guardó junto al archivo de la misión y volvió a dirigirse al Mayor Diaz.

—Enterada, nos iremos cuando estén listos. Y por favor, haga que sus hombres dejen de apuntarnos, ponen incómodos a mis chicos —Pasaron de todos ellos en dirección al avión, donde se sentirían más cómodos.

—Ya escucharon a la señorita, bajen sus armas si no quieren ser descuartizados —gritó el general—. Comiencen a subir sus maletas, nos vamos en cinco minutos.

Capítulo 4

II

Pasaron solo cinco minutos para que los soldados se posicionaran dentro del avión de carga. Marla no dejó de dudar de ellos, se sentía incomoda con sus miradas. No se alejó de Andrea, solo a su lado calmaba sus nervios. Transportaban aquella caja negra en la que viajaba la Sangre de Dios, que un mal movimiento y todos podían morir.

Volteó para ver a Zeth, pensando en lo afortunado que sería si eso pasara, él ya estaba muerto. Y a pesar de un inminente desplome del avión, el seguiría vivo. Sonrió divertida al imaginarse aquella escena. Una persona lo distrajo. Uno de los soldados se levantó de su asiento y caminó con fusil en mano hacia Zeth. Se sentó a su lado sin siquiera pedir permiso y comenzó a hablarle.

—Tu eres el chico que dio el discurso de graduación ¿Cierto? —preguntó mientras se recargaba en el asiento.

—Si, fui yo —respondió Zeth sin muchos ánimos de hablarle. Kevin y Santiago voltearon a verlo, y no solo ellos. Los demás soldados también estaban viendo con risas burlonas. Marla se molestó con ellos.

—¿Dime que poderes tienes? —siguió preguntando el soldado—. Si fuiste el mejor de tu generación me imagino que tienes poderes muy interesantes —Zeth lo observó como si se tratara de un bicho raro—. Dime, no seas tímido. ¿Vuelas? ¿Eres superfuerte? ¿Algo que ver con láser?

—Puedo hablar con los muertos —soltó Zeth causando la diversión de los demás y sobre todo la de aquel soldado.

—¿Es broma, cierto? —decía sin dejar de burlarse—. ¿Acaso tienes una bola de cristal o un tablero con un vaso?

—No —El tono de voz de Zeth demostraba lo molesto que estaba. Marla sabía que no le gustaba nada que se burlaran de él, ni de sus poderes—. Tengo esto —Zeth hizo que sus ojos se volvieran negros al activar sus poderes, pero al soldado ni se inmutó.

—¿De verdad eres el mejor de la generación? —volvió a reírse el

soldado—. ¿Qué pueden hacer los demás? ¿Disparar burbujas?

—Lárgate antes de que te mate —advirtió Zeth poniéndose de pie.

—Zeth siéntate —Marey se acercó, sujetó a su compañero del brazo y le arrojó una mirada asesina al soldado. Levantó una de sus manos encendida—. No necesitamos llegar a más problemas ¿Cierto?

—Michael, ven aquí ahora mismo —ordenó Diaz sin levantarse de su asiento. El soldado hizo una mueca de disgusto, regresó a su asiento donde el Mayor Diaz lo reprendió.

Marey regresó a su lugar balbuceando en lo bajo mientras observaba su chaqueta con detenimiento. Marla miró a los soldados, seguían burlándose y no le gustaba, pero tampoco se atrevía a hacer algo, era muy débil a comparación de ellos. Aguantó el coraje el resto del camino al igual que Zeth. Llegaron a su destino un par de horas más tarde. El avión descendió, Diaz ordenó a sus hombres formarse alrededor del cargamento y en la rampa del avión. Un sistema de carga magnético fue usado para transportar la carga. Los chicos hicieron lo mismo como primera fila.

Marla estaba al frente de la caja, en contra de su voluntad. Ella sería la primera en defender La Sangre de Dios en caso de un ataque, pero también era el blanco principal de quien tratase de quitárselas.

Entregarían el paquete en un laboratorio a las afueras de la ciudad Dorada. En un edificio de forma circular con edificios regados en todas partes, fuera del domo principal. Marla no paraba de mirar a todos lados rogando que ningún enemigo se apareciera. De repente uno de los soldados cayó al suelo gritando de dolor. Marla no lo dudó y se cubrió a ella y la caja. Un intercambio de balas comenzó a toda potencia. La chica se agachó, olvidando su campo de fuerza. Giró a todos lados tratando de comprender que estaba sucediendo, lo único que encontró fue a un Alonso transformado cubriendo a Andrea de los disparos, gruñendo por el dolor.

—Marla —escuchó decir a Marey a un costado. Se mostraba furiosa levantando una pared de fuego entre ellos y el laboratorio—. Abre el campo de fuerza.

—¿Qué? —gritó la chica— Se supone que no lo hiciera.

—Tenemos que resguardar a los heridos y a Andrea aquí adentro —Un disparo impactó contra el campo de fuerza de Marla, dejando una grieta sobre este. Marla se asustó, había entrenado para hacerlos lo más resistentes posible, y ese disparo lo estropeó en un impacto—. Hazlo ahora —Otro disparo rosó a Marey en un brazo haciéndola gemir del

dolor—. ¡Marla!

—Yo me encargo —Kevin atravesó el campo de fuerza con Andrea a su lado—. Respeto tu privacidad como creadora de este campo de fuerza, pero retomo mi autoridad como Kevin para atravesarlo de todos modos.

—¡Santi! —gritó Marey. Puso una mano en su herida y la cauterizó—. Levanta una muralla de tierra con la cual los soldados puedan protegerse mientras descubrimos de donde nos atacan.

—Marey, vienen desde atrás también —anunció Alonso que sin dudarlo saltó de un lado a otro esquivando los disparos. Dio un brinco alto para caer en medio de un grupo de enmascarados que se acercaban desde la aeronave.

—Yo lo apoyo —Zeth desenfundó el artefacto que Aya le entregó, desplegó la guadaña y sin temor arremetió contra algunos de ellos. Cortando con cuidado sus cuerpos, hiriéndolos solo lo necesario para dejarlos fuera de combate mientras ellos lo llenaban de pólvora—. Es hora de la carnicería. Wololololo.

—Tranquila, Marla —Andrea puso una mano sobre su hombro. La chica lo hizo, sintió un fuerte dolor en su mandíbula y los brazos. El miedo la tenía rígida y con la mente en blanco—. Entrenamos para esto.

—Lo sé, pero tengo miedo —Otro fuerte disparó causó una abertura en el campo de fuerza—. ¿Quién nos está atacando?

—Eso no importa ahora, Marla —Andrea trató de calmarla, y ella lo agradecía, estaba al borde de un colapso nervioso, nunca se vio en medio de un ataque como ese—. Concéntrate en reforzar tus campos de fuerza, Marla. Necesitamos proteger esto, los chicos se harán cargo de lo demás.

—Si, ellos lo harán —Marla se relajó un poco. Puso su mirada en el suelo para no ver lo que sucedía y se concentró en el campo de fuerza, los chicos pronto terminarían con el ataque.

Mike se arrojó al suelo tan pronto inició el ataque, sabía que si una de esas balas lo alcanzaba estaría perdido. Buscó el lugar de donde provenía el ataque. Los soldados caían uno a uno. Mike respiró hondo y pensó que hacer, de repente los soldados respondieron al fuego. Santiago elevó unos muros de piedra y corrió a resguardarse tras ellos.

Mike sacó de su pantalón un par de bloques de hierro, y sin dudar los convirtió en un par de pistolas. Se apoyó en el muro de contención. «¿Qué hacía ahora?» Observó a Zeth y Alonso arrojar a la acción contra aquellos que habían tomado la aeronave. Pensó en hacer lo mismo, pero él no soportaría un solo impacto. Levantó su mano izquierda y creó un

espejo con su arma, lo levantó sobre el muro y estudio con cuidado el área. Los disparos venían de todos los complejos junto al laboratorio. Miró a hombres ir de un lugar a otro, encerrándolos, pronto estarían encima suyo.

—Demonios se me acabaron las municiones —escuchó decir a un soldado.

—M-Marey —trató de decir sin mucho éxito. Ella estaba del otro lado lanzando llamaradas hacia los enemigos.

—¡Nos superan en número señor! —volvió a gritar el soldado a su costado.

—¡Eso es evidente, soldado! —Diaz se levantó y disparó una ráfaga de balas—. Aguantemos lo más que podamos, los refuerzos deben estar en camino,

—¡Yo puedo aguantar, pero mis municiones no! —El soldado arrojó su cargador a un lado, cayendo junto a Mike.

—Y-yo puedo... ayudar —Mike habló en lo bajo, haciendo imperceptible sus palabras detrás de los disparos. Tomó el cargador y lo llenó de tierra, imaginó las balas y una a una fueron apareciendo conforme los llenaba de tierra y piedras. Se lo extendió al soldado y este dudó en tomarlo—. Yo los ayudaré con eso.

—Gracias —dijo el otro sintiendo vergüenza después de haberse burlado de ellos.

—¿Cuál es tu nombre, hijo? —pidió saber Diaz acomodándose frente a ellos.

—Soy Mike.

—¿Puedes hacer más de eso? —Mike asintió. Diaz sonrió victorioso, imaginando la cara de sorpresa de sus atacantes cuando los vieran contraatacar y ganaran el encuentro—. Supongo que también puedes hacer otras armas. Bien. ¡Soldados! Todos sus cartuchos vacíos entréguenselos a este joven, no bajen la guardia y enseñémosles a esos mal nacidos con quienes se metieron.

Los soldados gritaron al unísono. Dispararon llenos de valor. Santiago levantó más muros de tierra donde los soldados se refugiaron mientras marchaban en dirección al laboratorio. Mike siguió rellenando los cartuchos y creando grandas de mano de vez en cuando. El lugar se convirtió en un campo de batalla.

Kevin se acercó mirándole con una gran sonrisa maquiavélica. Mike se sintió intimidado nada más imaginar cuales eran sus planes. Sin que se lo pidiera, Kevin arrastró a Mike entre el fuego cruzado, atravesando la muralla de tierra con sus poderes.

—Escúchame, cuando estemos cerca de ellos tu conviertes sus armas en alguna otra cosa. ¿Entendido?

Mike no logró responder cuando Kevin pasó entre un par de hombres armados que le dispararon sin dudar. Mike titubeó un segundo, pero se esforzó en hacer lo que le pidió Kevin.

—En una espada ¿De veras? —Kevin estaba perplejo por lo que Mike acababa de hacer—. Bueno, dejarlos sin nada le quitaría mucha diversión.

Kevin se encargó de llevar a Mike de un lado a otro para que hiciera de las suyas con las armas de sus atacantes. Los soldados aprovecharon y, aunque eran menos, sometieron a todos los que pudieron. Kevin terminó con los francotiradores en los techos que disparaban a Marla sin parar. Alonso y Zeth derrotaron a los que llegaron por la parte de atrás, mientras que Santiago y Marey les impedían el escape levantando paredes de tierra y fuego.

Para cuando los refuerzos llegaron la situación fue controlada. Los chicos de Andrea se sentaron a descansar en la rampa del avión, resguardaron de nuevo la Sangre de Dios, por orden de Gabriel. Estaban cansados, usaron mucho sus habilidades, en especial Mike. Se sentía fatigado después de convertir decenas de armas y crear municiones, sumándole a eso el dolor en su espalda por el accidente con Nicole, sentía que el cuerpo se le desgarraría por todos lados.

—Me alegra mucho que hayan acudido tan rápido —Le dijo Andrea a Meegwun a la orilla de la nave.

—Estábamos preparados, desde tu informe de los soldados olíamos que algo saldría mal —respondió el maestro con su característica seriedad—. Llevaremos la Sangre de Dios de regreso, la resguardaremos en la ASC. Parece ser que Aya consiguió permiso para analizarlo. Terminaremos de limpiar este desastre y nos iremos, ve con tus chicos.

—Me parece perfecto, nos retiraremos cuando estés listo —Andrea sonrió agradecida y se acercó a sus muchachos—. Buen trabajo mis niños, lo hicieron espectacular.

—Si por espectacular te refieres a asombroso, entonces sí, lo hicimos espectacular —respondió Zeth a la alusión de Andrea.

—A eso se refiere cabeza hueca —Le dijo Kevin al no-muerto desde una caja al otro lado de la rampa.

—Agentes —El mayor Diaz se acercó a ellos con una sonrisa en el rostro, marcando un par de hoyuelos en sus mejillas—. Fue un gusto haber luchado con ustedes. Queremos darles las gracias por su apoyo. En especial a ti, Mike. Nos apoyaste de gran manera.

—¿E-en serio? —preguntó Mike sintiéndose bien de escuchar sus palabras.

—Si, fuiste de gran ayuda para todos nosotros, nos encantaría volver a hacer equipo contigo y tus amigos en un futuro —Mike se llenó de felicidad. Hacía mucho que no escuchaba un agradecimiento de parte de alguien. Sonrió apenado.

—Por favor, si alguien hizo un gran trabajo aquí, fui yo —Kevin saltó para romper todas las ilusiones de Mike—. Nosotros derrotamos a la mayor parte.

—Vamos, Kevin, todos hicimos un buen trabajo —insistió Marla. Sentía coraje cada que Kevin molestaba a Mike, no tenía medida en lo que hacía o decía, y ver a su amigo tan lleno de vida le gustaba, no podía dejar que Kevin lo arruinara.

—Si, pero debes aceptar que tú y Mike solamente se estaban escondiendo —Marla volteó buscando ayuda de sus compañeros, pero todos parecían ignorarlos—. Mike pudo hacer algo de ayuda, pero en lo demás fue un inútil como siempre.

—Creo que ya es suficiente, Kevin —Alonso abrió la boca después de ver como Mike bajaba la mirada.

—¿Lo vas a defender también? Vamos dejen que lo haga solo —Kevin se intentó acercar, pero se encontró con un campo de fuerza de Marla.

—Ya déjalo, sabes que aún tiene dificultades para hacer esas cosas.

—Por eso mismo necesita que le demos un pequeño empujón —Kevin atravesó el campo de fuerza y se lanzó contra Mike, pero fue abofeteado por Andrea antes de que pudiera tocarlo.

—Kevin, es suficiente —habló Andrea de mal humor. Ella misma sentía el dolor de Mike, y no podía soportar ver como abusaban de él—. Marla tiene razón, Mike batalla para esto, debes darle tiempo en lugar de presionarlo.

—Está bien, háganlo a su manera —dijo el chico mientras llevaba una

mano a su mejilla—. Al final se darán cuenta que mi método es mejor.

—Mayor Diaz —Un soldado se acercó a pasos largos. Tomó algo de aire, se veía asustado más que cansado—. Necesita ver esto. Es urgente.

Diaz se disculpó con los chicos y pasó a retirarse, siguiendo a su soldado. Los chicos intercambiaron miradas confundidos, pero decidieron dejarlo en paz y seguir con lo suyo. Momentos después un par de soldados se aproximaron a ellos a paso veloz, uno se adelantó y se abalanzó contra Zeth. Lo golpeó un par de veces en la cara hasta que el mismo chico le dio la vuelta sometiéndole con una llave de brazo.

—¡Suéltame maldito asesino! —escupió el soldado.

El Mayor Diaz volvió a hacer acto de presencia, jaló de la pierna de su hombre y lo arrojó a un lado como si se tratara de un trapo sucio. Santiago ayudó a Zeth a levantarse. Las miradas que intercambiaban eran intensas, la tensión subió en ese momento.

—Mayor Diaz ¿Qué está pasando? —intervino Andrea posicionándose en medio.

—Ha surgido un problema muy grande, agente —respondió el hombre sin la amabilidad mostrada antes—. Necesito que vengan conmigo.

Acompañaron a Diaz sin pensarlo dos veces, el soldado los llevó hasta donde se libró la batalla. En el suelo encontraron el cuerpo de uno de los soldados caídos de Diaz. Era Michael. Tendido en el suelo sobre un charco de sangre y la mirada aterrada. Marla se giró enseguida sin poder ver la escena. Los soldados estaban que ardían del coraje, mirando al único culpable, Zeth.

—Verán, las bajas de parte nuestra fueron pocas, sin embargo, esta llamó la atención de todos —Diaz se acercó un poco más a quien alguna vez sirvió a su lado—. Este hombre no murió por el impacto de una bala, alguien le atravesó el corazón con una navaja.

—Y el único que tenía una hoja con la cual hacerlo eras tu —Un soldado culpó a Zeth a todo pulmón, esperando que los demás lo escucharan.

—¿Qué estas insinuando? —preguntó Zeth sin terminar de creer la noticia.

—Que tu amenazaste a Michael en el aerodeslizador. Te molestaste tanto que lo terminaste matando —Un par de compañeros de aquel soldado lo detuvieron para que no hiciera una locura—. Ustedes los dobles son unos

asesinos, todos.

—¡Silencio, soldado! —gritó Diaz—. Que alguien se lo lleve. Tendremos que abrir una investigación, Andrea. Esto no se puede quedar así.

—Lo entiendo, pero estoy segura de que Zeth no fue, él estaba luchando del otro lado del campo —respondió Andrea a la acusación.

—Lo siento, pero uno de mis hombres murió misteriosamente y no tenemos otra prueba de hombres con armas punzocortantes que puedan aterrar a un soldado. Espere mi solicitud, agente.

—Así lo haremos, Mayor Diaz —El Mayor se retiró hacia donde sus hombres. Zeth enseguida explotó en coraje. «¿Cómo que había sido él?» Ni siquiera estuvo cerca de ese hombre.

—Serán unos... ¡Ah! Yo no fui —dijo con frustración.

—Sabemos que no fuiste tú, Zeth —Le consoló Andrea caminando de regreso al avión.

Los chicos fueron los primeros en partir. Diaz se encargó del arresto y traslado de los que fueron tomados prisioneros después del encuentro. Las cosas en el aerodeslizador se pusieron tensas. Zeth se alejó tanto como pudo para expresar su coraje contra algunas cajas. Marla lo observó desde lejos, ella sabía que Zeth no fue capaz de hacer algo así, le molestaba mucho que creyeran eso los soldados cuando los habían ayudado.

Llegaron al anochecer a Ciudad Solé, donde la música, luces y las personas se hicieron presentes con su ruido. Los civiles estaban preparados para el evento de esa noche, ver la sonrisa en el rostro de las personas los hizo animarse un poco. El año anterior no pudieron disfrutar de ese evento por sus entrenamientos, pero estaban listos para divertirse como nunca.

Ayudaron a bajar La Sangre de Dios y escoltarla hasta el laboratorio de Aya. Ahí la pelirroja esperaba impaciente, preparando su equipo para extraer muestras de aquella sustancia. Gran parte del personal había dejado las instalaciones para ese momento, a excepción de Adrián, su fiel asistente que sin planes para esa noche se ofreció para ayudarle.

—Al fin están aquí —gritó la pelirroja con emoción al ver a todos cruzar la puerta principal con la caja de color negro donde venía aquel misterioso y fascinante elemento.

—Todo tuyo, Aya —dijo Andrea una vez la caja estuvo en su lugar.

—¡Gracias! ¡Gracias! —gritó histérica lanzándose a la caja.

—Aya, no deberías de pensar esas cosas —dijo Adrián desde el fondo acercándose con un equipo de seguridad completo, mascarilla, overol y guantes.

—Lo siento, pero es que es un gran descubrimiento, y me gustaría saber más de él.

—Es bueno que te emocione tanto, nosotros iremos a cambiarnos —Le dijo Andrea dando media vuelta.

—¿Nos veremos más tarde? —Le preguntó Marla a Santiago antes de irse.

—Eso espero —respondió Santiago con bastantes dudas. Aya estaba enloquecida por la sustancia—. Por si acaso, diviértanse.

Los demás se fueron, dejando a Santiago con una Aya impaciente por abrir la caja y un asistente pervertido. Se encogió de hombros resignado, se acercó a Aya y la ayudó con lo que pudo. Para comenzar abrieron la misteriosa caja negra que durante todo el día había tenido a Santiago intrigado. Retiraron varios seguros que sujetaban la tapa, desatornillaron algunos pernos y finalmente la abrieron. La caja contenía una burbuja de cristal donde una sustancia flotaba dando vueltas. En la base parecía líquida, girando en círculos mientras soltaba algunos gases a la parte superior de la burbuja que después descendían.

Adrián le extendió un traje de protección a Santiago. Fue hasta una de las computadoras y activó el protocolo de sustancia química en el laboratorio. Ventilaciones, puertas y ventanas se sellaron herméticamente, impidiendo que cualquier derrame o escape del gas circulara fuera del lugar.

Aya puso una escalera para alcanzar la parte superior de la burbuja. En ella había una tapa de doble escotilla. La primera se abrió, tenía una base donde Aya colocó un tubo de ensayo. Al retirar su mano la escotilla se cerró. El gas comenzó a subir llenando el tubo por la única entrada posible. Una vez lleno una compuerta diminuta que permitía el intercambio de gas se cerró. Hubo unos segundos en lo que aquel artefacto se aseguraba que no hubiera restos de la sustancia que pudiera pudieran contaminar el ambiente. Aya tomó su tubo de ensayo y muy emocionada se lo llevó hasta sus artefactos de estudio.

Pasaron largas horas donde la chica iba de aquí hacia allá, haciendo experimentos de todo tipo. Observando reacciones y pensando en múltiples usos, tanto buenos como malos. No parecía cansarse, en

cambio, cuando tenía respuestas que ella no esperaba o que no había planteado, se llenaba de más energía. Eso le gustaba a Santiago, que la observaba desde uno de los sillones de descanso que tenía el laboratorio.

Se sentó, cansado y aburrido, pues no entendía nada de lo que Aya hablaba con Adrián, lo que lo hacía sentir tonto y triste, pues quería tener pláticas como esas con ella. Puso su vista en el contenedor, viendo aquel extraño gas rojo descender y volverse líquido, para volver a iniciar su ciclo. Poco a poco su mente se llenó de imágenes que le causaron mucho coraje. Vio a Leah muerta en sus brazos, vio a Raul burlándose de él en medio de la tormenta y vio a Aya. El coraje se volvió tristeza, su corazón tenía un gran vacío que sin duda quería llenar con Aya, pero algo le sentaba muy mal, no olvidaba a Leah.

Su mente logró liberarse de los pensamientos negativos, dejando una sensación incomoda en el chico. Suspiró mientras observaba a la pelirroja inclinarse cada que tomaba una muestra. Adrián se acercó en silencio y le entregó una bebida. Se quedaron observándola. Entonces Adrián habló.

—¿Quién es Leah?

—¿Qué? No... No es nadie —respondió Santiago con torpeza. Confundido y lleno de vergüenza, pues al tratar de recordar que habilidad tenía para saber lo de Leah, le quedó claro que sus pensamientos no eran tan buenos.

—Pues para ser nadie piensas demasiado en ella cuando vez a Aya. No sé si lo tuyo sean los juegos de rol, pero comienzas a asustarme.

—No es nadie importante ¿Sí? —Santiago evadió la pregunta. Bebió de su soda, volteó la mirada tratando de olvidar a esa hermosa chica de cabello castaño.

—Vamos, puedes contarme, te prometo que no contaré tu secreto a nadie. Es más, si me cuentas, yo te puedo ayudar con Aya —insistió el asistente con una sonrisa de compañerismo.

—Leah era una amiga —dijo Santiago después de un largo silencio.

—Para ser amiga hicieron cosas muy cochinitas —Adrián fijó su mirada en Aya, pensando en lo similares que esas dos debían de ser en la mente de Santiago—. Escúchame, Santi. Si quieres algo con Aya, necesitas sacar a esa chica de tu mente de alguna manera, no es sano.

—Es fácil decirlo —Santiago también la miró, sin embargo, su corazón dio un vuelco, pues no sabía que sentir. Le gustaba Aya, pero eso lo hacía sentir pésimo, sentía que traicionaba a quien fue su mejor amiga en la infancia; y primer amor—. Yo... causé la muerte de Leah... Ella era mi

mejor amiga desde que tengo memoria, y por mi culpa ahora está muerta. No es fácil sacarla de mi mente, no quiero hacerlo. Sus recuerdos son lo único que me queda de ella.

—Ya veo —contestó Adrián con seriedad—. Entiendo que es muy difícil para ti amigo. Lo que necesitas ahora es divertirte un poco, despejar tu mente, pero no olvides que, si quieres que Aya este contigo, debes dejar ese pequeño espacio en tu corazón para ella, claro sin olvidar a Leah —Santiago bajó la mirada soltando algunas lágrimas. «¿Cómo haría eso?» El recuerdo de Leah lo destrozaba por dentro—. Bueno ¡Aya! Ya es tarde, es mejor que vayan al festival.

—¿Qué? —Aya miró la hora, eran casi las ocho de la tarde— Rayos, no había visto la hora. Primero guardaré todo el equipo y después iremos ¿Sí?

—Deje ahí, yo me encargo —Adrián le regaló una sonrisa amistosa. Se acercó a Aya y comenzó a quitarle el traje de protección—. Yo guardaré todo, ustedes dos vayan a divertirse.

—¿Estás seguro, Adrián? —preguntó ella mientras era obligada a alejarse del equipo—. Creo que podría ayudarte, aunque sea un poco.

—No te preocupes, yo me encargo. Solo mira a Santiago, está durmiéndose —señaló al muchacho que aún mantenía su mirada en el suelo. De repente el robusto chico levantó la cabeza mientras bostezaba y limpiaba sus lágrimas.

—Muchas gracias, eres el mejor —aceptó Aya, convenciéndose de que Adrián estaba en lo correcto.

—Lo sé, alguien tiene que serlo. Nos vemos mañana —Adrián levantó a Santiago del sillón, los arrastró a la puerta mientras, disimuladamente los iba acercando más y más el uno al otro; tecleó algún código en el tablero junto a la puerta, se abrieron y el asistente los empujó.

Debajo del edificio, entre las celdas, Kevin se tomó el tiempo de visitar a Mara. La chica fue encarcelada por sus crímenes en contra de la ASC y su intento de homicidio en contra de los agentes. Para su fortuna, por su relación con Dunkel, lograron hacer un trato en el cual en algún tiempo podría tener una libertad condicional, mientras eso pasaba, Kevin la visitaba seguido para jugar con ella.

—Que envidia, yo quiero ir —Mara hizo pucheros, volteando la mirada.

—No lo disfrutarías —respondió el moreno mientras jugaba con una pelota encima de la cama de Mara.

—Créeme, después de estar encerrada durante un año en esta celda, con pocas horas de luz artificial cualquier cosa la disfrutas —Mara se acercó a Kevin, aunque le respondía, lo veía muy distraído. Normalmente jugaba con ella o la sacaba a pasear a escondidas—. ¿Sabes? He hecho algunos amigos, hay más jóvenes aquí de lo que te imaginarias.

—¿De veras? —preguntó Kevin sin verdadero interés, ese día su mente no dejaba de dar vueltas, cosa que la mayor parte del tiempo calmaba.

—Si, son increíbles. Bastante inteligentes y muy traviosos —Se acercó más al rostro de Kevin, dándose cuenta de que el chico la ignoraba. Le dio un beso en la mejilla, esperando que se alterara o siquiera se sonrojara, pero no logró ninguna reacción con el distraído muchacho. Se sentó a su lado, con los brazos cruzados y un coraje que pocas veces había sentido—. Eres muy molesto —susurró a espaldas de Kevin. Suspiró y siguió con la plática—. Cuando estoy con ellos imagino que así debiste sentirte con tu pandilla.

La pelota cayó sobre la cabeza de Mara, ella volteó molesta por el fuerte golpe. Kevin veía al vacío, sus ojos transmitían un vacío interior que detuvieron a Mara de decir alguna tontería. El moreno se sentó sobre la cama y esbozó una enorme sonrisa.

—Me alegra que estes consiguiendo amigos —Kevin se levantó de un salto, estiró su cuerpo sin voltear—. Bueno, yo me tengo que ir, debo prepararme.

—¿Tan pronto? —reclamó la niña— Quédate un rato más, Kevin.

—Lo siento, pero me tengo que ir —El moreno se arrojó a la salida, pero Mara logró alcanzarlo de la chaqueta y detenerlo.

—Kevin... —No sabía cómo decirlo, sabía que lo hizo ponerse de aquella manera, pero era difícil enfrentarlo—. Los... los vas a encontrar, no pierdas la esperanza.

—¿De qué hablas? —Kevin la sorprendió con una sonrisa aún más grande.

El moreno salió corriendo. Mara solo vio la puerta un largo rato. «¿Qué es lo que le pasaba a Kevin?» Jamás lo vio tan alterado por algo y ella sabía mejor que nadie que su sonrisa era falsa. Regresó a su cama, donde trató de descansar y hallarle un sentido a Kevin.